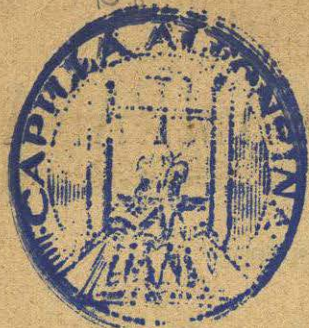


820

C

PQ 6503
A 4
NR



FONDO
RICARDO OGVARNUBIAS

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



NUEVA CAMPAÑA

GUSTAVO Planche, modelo de críticos sabios, justos y francos, salió un día de París; viajó por Italia, vió mucha belleza por el mundo, pensó mucho, y cuando volvió á su patria, después de algunos años, encontró su pluma algo más blanda, su criterio más flexible; las medianías le arrancaban alabanzas que antes difícilmente concedía al gran ingenio. ¿Qué era aquello? ¿Por qué sonreía á todo Planche? ¿Qué optimismo bonachón era aquél? Aquella suavidad nueva, era una triste y profunda ironía. El buen gusto luchaba en vano, la batalla estaba perdida; lo que él había dejado mal, lo encontraba, al volver, peor; la maraña de la necedad ambiente se iba complicando; la tontera literaria iba adquiriendo cierta patina que la hacía muy temible, tal vez respetable; el tiempo sancionaba el absurdo poco á poco, y le iba dando, á su modo, la razón; la lucha, que era antes ya una temeridad, se convertía en vehemente locura. El crítico abdicó en si-

lencio; su desesperación latente se escondió entre las cenizas de la benevolencia. «Todo estaba bien; por lo menos, regular.» El profundo desprecio que había en los elogios de Planché, lo veían pocos; tal cual autor á quien la vanidad ó el orgullo convertían en lince á fuerza de suspicacia.

Pero esto pudo hacerlo Gustavo Planché porque vivía en París, donde las letras jamás llegaron á caer en manos de los rematadamente tontos. Engañar al público alabando á ciertas medianías francesas, es posible. No cabe la misma comedia tratándose de nuestras nulidades españolas. Y la nulidad lo invade todo. El verdadero ingenio la estorba, y le acoquina; se habla en voz baja y hasta se conspira en los periódicos en nombre de una democracia absurda: la democracia del ingenio; se quiere abrir el templo de la gloria al cuarto estado del talento; muchos políticos, que tienen en el alma la hiel de desengaños literarios, ayudan al literato impotente que aún no oculta sus desencantos; á todos éstos se juntan cien *genios* de un día, que echan de menos la aureola de talco que arrancó de su cabeza un papirotazo de la crítica, y entre todos son ya una multitud con su *tolle tolle* formidable; el número los hace cosa seria, como una nube de langosta. Se aplasta cien majaderos de pluma, y nacen mil; parece que cada tontería que se publica puebla el aire de larvas de idiotas. Todos los Mrs. *Jourdain* de España se han hecho cargo de que hace muchos años que están hablando en

prosa. Estamos perdidos.—Los hombres de Estado, los pocos que hay, no toman en serio esto; no ven que la decadencia de España tiene sus más tristes señales, las más expresivas también, en este marasmo de la imaginación, en este terrible síntoma de la ataxia del gusto. Los hombres de ingenio, callan, se esconden, viven solitarios; parece que son una raza que va á desaparecer; el aire ya no va siendo respirable más que para los otros. La falta de respeto está en la atmósfera.

Insistir en la crítica, parece empeño vano. Los maestros dan el ejemplo de encogerse de hombros. Valera calla, con pretexto de su ausencia; su aticismo no le permite tomar las actitudes románticas que en España necesita la crítica, si quiere seguir luchando. El vocativo que Valera suple cuando habla á la multitud, es este: ¡*Oh, atenienses!* El atavismo visigótico que hoy nos domina (¡nos dominall) no puede tolerarlo el autor de *Asclepigenia*. No sólo se desoye su consejo, sino que se desprecia sus obras; sí, se las desprecia con el desprecio que más duele: con el de no entenderlas.

Menéndez Pelayo nos habla de los antepasados y de los extranjeros; pero muy rara vez de los españoles de ahora. Teme acaso que la crítica de todos los días pudiera rebajarle un poco, y hace bien en temerlo. En el roce ordinario con los grafomanos, se vuelve el crítico un poco vulgar sin querer, sin notarlo; tal vez toma ciertos gestos de las manías que estudia y vigila; y, lo que es peor, el día menos pensado, se ve en

vuelto en una reyerta de barrio bajo. Las letras tienen también su alcantarillado; hay escalos en ellas, mataderos, matones, barateros y todas las escorias del hampa del ingenio. El que quiera ser crítico de su tiempo en España, se expone hoy á ciertas aventuras muy parecidas á las que tiene que arrostrar un celoso comisario de policía.

Federico Balart no quiere escribir hace muchos años. Hoy todos le alaban, porque se acuerdan de sus grandes méritos, no de las heridas que por justicia tuvo que inferir al amor propio de muchos. Si Balart escribiese hoy, sus enemigos serían innumerables: todos los malos escritores.

Giner de los Ríos, González Serrano y algunos otros que con tan grandes aptitudes, cada cual á su modo, habían ensayado la crítica de los libros de ahora, han ido dejando ociosas estas facultades para consagrarse á materias menos ingratas.

Entre los jóvenes que comienzan con fe, entusiasmo y preparación excelente el ejercicio de la crítica, no tardará en entrar el desaliento por la falta de ejemplo digno, de estímulo y de cuanto puede hacer soportable el penoso combate.

Pues si no hay modelos que seguir, abnegación que imitar, esperanzas firmes que sostener, ¿no será inútil volver á las andadas, inaugurar nueva campaña, luchando cada ocho días desde un periódico, cada uno ó cada dos meses desde un folleto, cada año desde un

libro en pro del buen gusto literario que muere de una terrible consunción en España?

Y más: considerando que este mal está enlazado con otros muchos, cuyo remedio de Dios nos venga, ¿no será hasta pueril empeño el de insistir?

Acaso. Pero, sin ser determinista, á lo menos *del todo* y en el sentido corriente, creo mucho en la influencia poderosa del cuerpo sobre esto que llamamos, y hacemos bien, el espíritu, y creo que *está escrito* en mi sangre, en mi temperamento, en lo que sea, que he de ensartar años y más años artículos de crítica ligera, con la mejor intención del mundo, con buena fe absoluta, con anhelo de acertar, lo mejor que sepa, sin alardes de erudición, que no tengo, enamorado del arte, no sobre todo, á guisa de *dilettante* escéptico, pero sí sí más que de otras muchas cosas.

Todo lo tengo medido, todo lo tengo pesado (sin que esto sea pretender igualarme al Dios de Salomón), y veo que mejor es continuar, aun contando con los disgustos que el empeño acarrea. Mas para continuar escribiendo de crítica ordinaria, después de esta profesión de fe de tristeza, es necesario tener un motivo poderoso que haga racional la empresa. Lo tengo; por lo ménos, creo tenerlo. Procuraré explicarlo, por hoy, en pocas palabras. El desenvolvimiento de toda la teoría es cosa larga, que irá mostrándose en el curso de toda esta campaña crítica.

Estamos en una decadencia que viene ya de lejos.

Mejor dicho, estamos acaso en dos decadencias: la una general; si no universal, por lo menos de todos los países con que más afinidades tenemos: la otra especial, la nuestra, la larga y triste decadencia de España. Fui mos un gran pueblo á nuestra manera, como se era entonces, en aquellos tiempos con que los reaccionarios se entusiasman, tal vez sin comprenderlos; nuestras letras brillaron como brillaban nuestras armas; nuestros soldados traían de Italia, según frase que no es mía, laureles y sonetos; nuestra gran influencia en los Congresos diplomáticos repercutía en el teatro francés; Corneille, Molière y tantos otros, pagaban pleito homenaje á nuestro ingenio; tal vez se nos imitaba, no sólo por admiración, sino algo por adulación, y todo es admirar, pues el que adula reconoce un poder. En fin, éramos grandes y escribíamos bien.

Pero nuestro poder moría de hidropesía, y nuestros versos y prosas padecían el mismo daño. Nos hinchábamos demasiado. Estallamos al fin. No hay que recordar cómo.

Nuestro gran imperio era casi todo una apariencia; nuestra fuerza era una gran hipóbole política que había asustado á muchos, como nuestra elocuencia era una cascada brillante y sonora que aturdiría y deslumbraba. El pensamiento de nuestras letras era inferior á su grandioso verbo, como la vida social de España era demasiado débil para sostener largo tiempo los grandes aparatos de cartón de nuestra inmensa monarquía.

Cayendo aquí, levantándonos más allá, así vinimos viviendo desde que los ideales que representaba España la poderosa mejor que otras naciones, dejaron de ser la actualidad de la historia. Somos el pueblo de una hegemonía cuya oportunidad pasó con ella misma, y todos los renacimientos que hay de tarde en tarde, son parciales, ya nunca obra colectiva, nacional, ni menos duradera.

El genio español había nacido para las grandes ideas sociales, en que la libertad se sacrifica al entusiasmo, la delicadeza á la grandeza, el pensamiento á la fe, el individuo al conjunto; en literatura, como en todo, nuestra inspiración, propiamente nacional, era colectiva, era sentimental; y de aquí el predominio de las formas épicas y dramáticas, la pobreza del arte psicológico sin más excepción de cuenta que el misticismo.

Muerto este gran espíritu, por nuestro decaimiento en parte y algo también por influencias extrañas que se imponen porque son la vida moderna en todo el mundo, España puede aspirar á seguir viviendo dignamente, relativamente progresando con el movimiento general del mundo; pero ya no será original, ni fuerte, ni sus florecimientos literarios (por ser el ejemplo que aquí importa) serán ya obra de todo el pueblo, reflejo exacto de la vida nacional.

Todo esto da pena; pero no debe arrojarnos en el pesimismo. Lo que corresponde, por lo que respecta á la suerte especial de España, es una melancolía resig-

nada y una sabia filosofía horaciana, no en el sentido de entregarse al placer fácil y gracioso, sino en el de gozar de las flores de cada primavera, sin pensar en otra cosa. Sí; somos un pueblo que sigue impulsos extraños, corrientes de una vida que él no engendró, pero que son las que impone hoy la conciencia europea adelantamos algo con un progreso que no se nos debe ni nos entusiasma... Nada de esto es muy alegre... pero es lo menos malo que se puede escoger.

En las letras el mismo horizonte gris, iguales destinos de mediocridad y movimiento pausado y por extraño impulso.

Pero si en la obra colectiva no caben aquí grandes entusiasmos ni grandes esperanzas, en las sorpresas que la iniciativa individual ofrece de vez en cuando, cabe aún esperar interesantes aventuras. Así, hoy mismo, nuestra literatura, como empresa colectiva, es deplorable; pero ofrece aquí y allí personajes aislados de mucha fuerza, de un gran valor intrínseco, dignos de formar parte de un verdadero florecimiento general, en que hubiera un pueblo artístico, un ideal grande y común, ambiente propio para la vida poética. Este fenómeno no es peculiar de nuestra patria; en toda Europa, á estas horas, hay un *decadentismo* más ó menos acentuado, que se muestra, sobre todo, en esta desproporción entre la inteligencia y la sensibilidad de unos pocos y la voluntad y el sentido de la multitud. Las personalidades más perfectas, las más delicadas y com-

plicadas, las que han llegado á una vida superior respecto de la muchedumbre, profesan ya, resignadas ó desesperadas, la religión de este aislamiento.

Pues bien, la crítica, aun desesperanzada del esfuerzo colectivo, de los destinos de un pueblo entero, puede trabajar con fruto estudiando las sorpresas que de tarde en tarde ofrece este síntoma fatal de la decadencia, la vida hipertrófica del individuo superior á su tiempo; vida egoísta, en que se desdeña el papel de célula que forma parte de un sér orgánico, por cultivar con empeño la propia existencia, la de tal célula, no en vista de todo el cuerpo social de que se es elemento. No se sabe si esto será el *non serviam* de Satanás, de que hablan los teólogos; pero este es el gran síntoma de las decadencias contemporáneas, y en lo que se manifiesta en la literatura, merece estudio y despierta gran interés.

Con esta idea se resuelve la aparente antinomia de despreciar mucho nuestra vida actual literaria y poner en las nubes á algunas personalidades insignes.

A señalar bien ambos caracteres, á mostrar gráficamente, por la argumentación, por el ejemplo, por la sátira, como pueda, la pequeñez general, y á procurar que resalte lo poco bueno que nos queda, á venerarlo y á estudiarlo con atención y defenderlo con entusiasmo, dedicaré principalmente los esfuerzos de esta nueva campaña, que así entendida puede ofrecer peripecias y ofrece de fijo material abundante. Una

decadencia es siempre más complicada que un florecimiento, y en ella háy más ocasiones que nunca de ejercer esa justicia caritativa de distinguir el mérito individual de la insignificancia general; la justicia de no consentir que autores que, aisladamente estudiados, valen acaso tanto ó más que otros de mejores tiempos, sean condenados sin motivo con esos lugares comunes de: *imitación, conceptismo, efectismo, sensiblería malsana, alambicamiento*, palabras que tienen toda la grosería de las voces abstractas generales, y que sólo sirven en el arte para lo que sirven esas paletadas de cal con que obispos bárbaros taparon en tantos países aquellos *alambicamientos y conceptismos* de piedra que inmortalizaron la arquitectura ojival y la de nuestros maestros los árabes.



LOS AMORES DE UNA SANTA

I

LA poesía lírica española está de enhorabuena. No es que haya aparecido ningún poeta nuevo, no.

Se trata de los viejos, de los de siempre, de los únicos.

Se trata de Campoamor y de Zorrilla, y dentro de poco habrá que hablar también de Núñez de Arce. *Los amores de una santa, El cantar del romero y Luzbel*, que no tardará en publicarse, son la causa legítima de esta alegría desinteresada.

Hay más. Manuel del Palacio, que tanto se acerca á nuestros buenos poetas, también ha publicado una historia en verso que se titula *Blanca*.

Y para que todo sea poesía, y poesía buena, he recibido dos traducciones castellanas y en verso de muchas de las obras líricas de Heine, debida, la más ex-